

# LA GUERRA SIN MASCARA

**P**OCO a poco, el «caso» del Vietnam ha ido transformando sus características hasta convertirse en una guerra mayor. Sin la formalidad específica y constitucional de una declaración de guerra, como la que requiere el derecho en los Estados Unidos —declaración que costaría trabajo arrancar de un Senado discolo y preocupado, y que daría a las circunstancias una «forma» que se trata de evitar—, la nación que consideramos la más fuerte y la más rica del mundo —el más próspero, el más poderoso y el más peligroso de los países del mundo», decía, la semana pasada, Robert Hutchins, antiguo canciller de la Universidad de Chicago— ha ido hundiéndose poco a poco sus enormes pies en este barrizal. Después de las circunstancias de la semana pasada, cuando ya las negociaciones de paz parecen abandonadas y lejanas —aún U Thant sigue anunciando sus esfuerzos de pacificación: ninguno hubiera resultado tan eficaz como la dimisión que varias veces anunció y de la que se volvió atrás—, es imprescindible considerar la guerra del Vietnam como una guerra mayor. Las etapas que han conducido hasta aquí quedan olvidadas en la prehistoria del caso: las advertencias de Dulles en 1954, cuando trataba de convencer a Eisenhower de mantener en el Vietnam «una posición militar viable»; las soldadas pagadas a los pequeños «señores de

**Por EDUARDO HARO TECGLÉN**

la guerra», a los generales por su cuenta, a las sectas religiosas y militares, en la época de la guerra de Francia en Indochina; los manejos de los agentes de la C. I. A.; el intento de sobornar tiranos y contratiranos, como Ngô Đình Diem; las «ayudas» militares; los primeros combatientes disfrazados de «consejeros técnicos»... Todo ha quedado atrás. Ha quedado convertido en pasado hasta el año 1966, con sus 35.000 bajas americanas; no digamos el anterior, el de 1965, con 7.500 bajas. Ahora estamos en una guerra de verdad, ampliada en círculos concéntricos: la tercera semana de marzo daba un balance oficial de 2.000 bajas americanas; en un mes, a ese ritmo, se iguala el total de bajas de 1965, del año completo; cuando termine el año, se habrá triplicado el balance correspondiente al año anterior.

Cuando la guerra se quita una máscara, se las quita todas. La idea moral de esta guerra ha naufragado. Nadie puede seguir sosteniendo ya la situación falsa de que los Estados Unidos tratan de ayudar a un gobierno en apuros como consecuencia de un estado



Una de tantas manifestaciones estudiantiles de protesta por la guerra de Vietnam. Estos días se anuncian varias concentraciones escalonadas en Nueva York.



de rebelión fomentado desde el exterior, porque el gobierno de Saigón no existe. El general Ky es un remedo de gobernante; la constitución surgida de la Asamblea es corrompida por el general Ky; la misma asamblea ha surgido de unas elecciones inviables, porque no se pueden realizar elecciones auténticas en un país en plena guerra civil, y una guerra civil especial donde se ignora cuál es el territorio de dominio de cada uno de los adversarios. En cuanto a los temas mayores del conflicto, apenas han quedado en latiguillos aptos para dirigentes de algunos de los países asiáticos aliados de Johnson, que pagan así en moneda retórica la ayuda que reciben para ellos mismos y para sus países que en la mayoría de los casos es una ayuda que no pueden negarse a recibir. Ya no es necesario hablar de «mundo libre», de «defensa de la libertad», de «lucha contra la agresión». El ejercicio de la propaganda se proyecta ahora en términos de guerra directa, de guerra sin máscara. Los últimos éxitos propagandísticos de Johnson se inscriben en este terreno. Johnson ha llegado a convencer a una gran parte de la opinión de su país de que los bombardeos del Vietnam del Norte no pueden interrumpirse porque ello supone un reforzamiento de las guerrillas y, por lo tanto, un mayor número de bajas en el ejército norteamericano; como ha llegado a convencer de que la intensificación de la guerra es absolutamente precisa para forzar al enemigo a negociar en condiciones favorables a los Estados Unidos. Estos dos éxitos propagandísticos de Johnson, como se ve, están ya muy lejos de la moral de guerra, del examen de razones acerca de si la guerra es justa o injusta, necesaria o innecesaria. El Presidente está en estos momentos en un punto que puede ser el más acertado de su carrera: está tratando de convencer al país de que la guerra es irreversible, que ya no se puede dar marcha atrás, que las negociaciones de paz son inútiles, y que, por lo tanto, es ya una cuestión de deber nacional ayudar esa guerra, sean cuales sean las reservas mentales que le inspiren a cada uno. «Acertado o erróneo, mi país», decía una máxima imperialista británica, en los tiempos en que el imperialismo se consideraba como una virtud y la moral nacional e internacional era muy distinta de la de ahora. Johnson trata de llevar a su pueblo, aun a los elementos más activos de la oposición, a admitir la realidad de esa máxima. Muchos alemanes han terminado en campos de concentración o juzgados y condenados por los tribunales de desnazificación —con fiscales americanos— por haber aceptado resignadamente esa máxima política en los tiempos en que su país, acertado o equivocado, estaba regido por Hitler.

Si Johnson consigue este propósito, y en estos momentos parece próximo a conseguirlo, habrá tenido un enorme éxito. Un éxito de Johnson no quiere decir forzosamente un éxito de los Estados Unidos. Una etapa en la guerra no quiere decir una victoria en la guerra. Johnson, si el país no protesta y la oposición se calla, puede intensificar el esfuerzo de guerra hasta límites amplísimos. Tiene en su puño tejanos fuerza suficiente como para destruir enteramente el Vietnam del Norte. Puede hacer bailar bajo sus bombas toda Asia. La duda está en saber si ese enorme esfuerzo servirá para terminar la guerra, servirá para ganarla. O servirá, por el contrario, para precipitar en ella a setecientos cincuenta millones de chinos, y convertir Asia en un inmenso continente guerrillero. El caso tiene un precedente, que es el de Corea.

En esta situación paradójica es inevitable pensar que cuantos más esfuerzos se hagan desde Washington para intensificar la guerra, más grave será la situación de los Estados Unidos. Siendo, como es, limitado el esfuerzo —el general Westmoreland ha dicho que con el esfuerzo de guerra actual el conflicto no tendrá límites temporales, puesto que el Vietcong repone fácilmente las bajas que se infligen—, su reflejo en el país es ya enorme. El presupuesto militar domina todos los demás. Se calcula que los gastos de defensa para 1968 serán de 75.000 millones, de los cuales 22.000 exclusivamente para el Vietnam; los gastos de salud pública, entre tanto, sólo se llevarán 4.800 millones; los de educación, 4.600 millones, y el plan para la vivienda, el desarrollo urbano y la lucha contra la polución de las aguas, 2.400 millones de dólares. «La guerra embota el filo cortante de una sociedad. Los problemas descuidados crecen. La industria de defensa prospera, pero los esfuerzos por



La guerra de Vietnam no se oculta ya tras ninguna máscara moral. Se pide el alto inmediato a la guerra, especialmente entre los sectores estudiantiles.

limpiar las ciudades o para acabar con los suburbios, o para elevar el nivel de la quinta parte de los habitantes de la nación que están por debajo de la raya de la pobreza se abandonan. La guerra impone sacrificios, no todos ellos en el campo de combate» («New York Times», 27-3-67).

Es lícito preguntarse si los Estados Unidos no han llegado precisamente a la situación en que sus enemigos querían verles. Con todo su esfuerzo económico, psicológico, nacional y político comprometido en una guerra sin desenlace visible y que, por limitarse a un pequeño —y desgraciado— país, deja intactas las reservas de quienes se han colocado frente al capitalismo. La U. R. S. S. mantiene una línea política clara respecto a la guerra del Vietnam, y envía una ayuda militar y económica al país en guerra, pero ni esta política ni esta ayuda comprometen en nada su vida nacional e internacional. Puede continuar realizando su esfuerzo de reconversión interior, y precisamente por la impopularidad de la acción de los Estados Unidos y por la fijación de éstos en Asia, puede franquearse camino en Asia. Ni siquiera China está alcanzada de una manera importante por la conflagración; por el contrario, está teniendo todo el tiempo preciso para prepararse para una agresión que le parece inevitable, y que lo será si el Presidente Johnson lleva hasta el último extremo su deseo, que ahora parece patente, de intensificar la guerra. Si consideramos, como suele hacerlo Washington, que la guerra del Vietnam es un episodio agudo del enfrentamiento entre el Este y el Oeste, la resultante será que el Oeste deja que su más poderosa nación se ahogue en el esfuerzo, ante la indiferencia e incluso la actitud reprensiva de sus aliados, mientras que el Este se limita a dejar en vanguardia a uno de sus países menos significativos mientras que su enorme y poderosa retaguardia se consolida y se asienta.

Por eso me parece que los éxitos personales y propagandísticos del Presidente Johnson al inclinar la situación de su país en favor del ala bélica y dominar momentáneamente a los considerados como pacifistas no coinciden con los intereses a largo plazo de su país, ni con los del mundo occidental, ni con los del mundo en general. Creo que inevitablemente, inexorablemente, los Estados Unidos se van hundiendo en un terreno que les es desfavorable y que puede llevarles, con tiempo por delante, a una auténtica crisis nacional; y creo también que una crisis aguda en los Estados Unidos puede ser grave para todo el mundo. Y no sólo porque en un reflejo final de sansonismo atómico nos puedan arrastrar a todos a un fin siniestro, sino porque la capacidad técnica, intelectual y científica de los Estados Unidos debe convertirse, en una situación de paz y de coexistencia, en una fuente de riqueza material y moral para todo el mundo, y hoy esa capacidad está seriamente comprometida por una guerra que, poco a poco, se ha convertido en una guerra mayor.